

Necesitamos ser una nación contemporánea

Luis Fuenmayor Toro*

Introducción

La historia reciente de Venezuela, por lo menos desde 1958 para acá, demuestra que su conducción política no ha tenido un proyecto nacional, que respondiera a la necesidad imperiosa de abandonar el subdesarrollo científico, tecnológico, económico, social y de todo tipo, para poder actuar en el concierto mundial como una verdadera república contemporánea. Nuestros libertadores desarrollaron un proyecto continental consistente en hacer pasar nuestras sociedades monárquicas coloniales a repúblicas independientes, para así dejar de ser súbditos y convertirnos en ciudadanos. La posibilidad de unificación de las nacientes repúblicas, aunque planteada por hombres de la talla de Bolívar, Miranda y San Martín, excedió las condiciones objetivas del momento y en todo caso la proposición quedó pendiente para momentos futuros más oportunos. De resto, con las excepciones que confirman la regla, los gobernantes de los siglos XIX, XX y XXI sólo han respondido a sus intereses y deseos, articulados con los de las clases y grupos sociales dominantes y las necesidades de materia prima del capitalismo mundial, fundamentalmente el estadounidense.

Las acciones gubernamentales se han limitado a garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, un bienestar cada vez mayor de los poderosos y del cónclave gubernamental, la legitimación ideológica y política del sistema y el mantenimiento del poder, a veces llevado a extremos de violencia y represión. El uso negligente, demagógico y corrompido de la renta petrolera, producto de la gran diferencia existente entre los costos de producción y los precios internacionales del crudo, ha generado, en el último medio siglo, ciclos que van desde mejoras en el bienestar social de la población hasta serios retrocesos en las condiciones de vida de la nación. Las fluctuaciones permanentes del ingreso nacional y su desbalance con la magnitud del gasto gubernamental inducen espejismos de bienestar y crecimiento económico social, para luego caer en un déficit severo, enfrentado inadecuadamente con emisión de dinero inorgánico, endeudamiento interno y externo, devaluación monetaria, venta de activos, cargas impositivas y reducción de la inversión social, entre otras varias medidas. Estas reducciones abruptas de los niveles de vida alcanzados previamente generan gran malestar social e inestabilidad política.

El enfrentamiento de las crisis se dificulta pues, al no existir un proyecto nacional de desarrollo, no hay precisión sobre lo que se quiere para el país, más allá de los deseos generales de cualquier sociedad, que no ayudan a la hora de las concreciones prácticas. Decir que se quiere una Venezuela democrática, palabra de connotación casi mágica y supuesta expresión de los deseos de todos los sectores sociales y políticos; plural, libre, solidaria, independiente y justa, mezcla de categorías de distintos orígenes y causalidades y que no constituyen en sí mismas acciones primarias, pues requieren de un nivel de desarrollo inexistente, que las hagan realmente posibles, no pasa de ser un palabrerío retórico que deviene en letra muerta en las constituciones venezolanas y en las leyes. Invocar condiciones ligadas al libre mercado, la competencia, la productividad, la primacía del capital privado o hablar de la necesidad del control estatal, la justicia social, los intereses mezquinos individuales, la planificación centralizada y la lucha de clases, no aporta mayor cosa en una sociedad rentista improductiva donde realmente existe una sola empresa capitalista y pertenece al Estado.

Sin lugar a dudas, se trata de una lista heterogénea de deseos y circunstancias, presente por mucho tiempo en la sociedad e incorporada de diversas formas en leyes y planes de gobierno, pero muy pocas veces concretada en proposiciones y realizaciones, que hayan hecho avanzar a nuestra nación de manera significativa, más allá de los cambios resultantes que impulsan los avances mundiales. Quienes nos han gobernado o desean hacerlo no han sido nada claros en relación a la forma de alcanzar las metas que usualmente proponen. Se conforman con generalidades como la producción nacional, sin ningún tipo de precisión en relación con su inicio y sus prioridades; el impulso a la educación como idea vaga, sin las consideraciones necesarias en relación con las metas y la calidad; el desarrollo agrícola o propuestas geopolíticas como la descentralización y las comunas o novelas como las cooperativas y la fantasía demagógica del desarrollo endógeno ⁽¹⁾. Deseos, realmente engaños y manipulación de la gente, más que programas efectivos.

Otro tanto ocurre con las propuestas de carácter monetario, fiscal y cambiario, enarboladas como una panacea e influidas por ese duendecillo neoliberal de muchos, que posiblemente buscan una utilización más técnica del dinero y de mayor control de la masa monetaria, cosas necesarias sin lugar a duda, pero que en sí mismas no significan desarrollo, ni cambio del modelo económico rentista existente en los últimos cien años de vida republicana. Generalmente se aduce que estas acciones son indispensables

para la buena marcha del país, lo cual es rigurosamente cierto, pero desatienden en la discusión las cuestiones que causan nuestro fracaso como nación productiva, quizás por ser temas de más difícil consenso y por requerir la existencia de un proyecto distinto para Venezuela. En situación parecida están las proposiciones que reducen todo el problema a la corrupción existente y al deterioro ético y moral de gobernantes y gobernados, los cuales son muy importantes y especialmente graves en nuestro país, pero que solventándolos no garantizamos el despegue del subdesarrollo ni la salida definitiva de las crisis.

Desarrollo aguas abajo y aguas arriba de la industria petrolera

Pudiera parecer sorprendente que expertos y políticos den vueltas alrededor del petróleo, condenen la política rentista, señalen incluso la necesidad de dar mayor valor agregado a nuestra producción mercantil, pero a la hora de decidir sobre cuál materia prima comenzar a trabajar en esta dirección, se produce una disociación psicótica digna de ser atendida por los mejores psiquiatras del mundo. Producimos petróleo desde hace un siglo, tenemos las más grandes reservas petroleras del mundo, PDVSA es prácticamente nuestra única gran empresa, todas las divisas del país provienen de su actividad, la mayor parte del PIB procede del ingreso petrolero, nuestra historia contemporánea ha estado determinada por la explotación del crudo, que incluso ha establecido las relaciones internacionales del país, pero, a la hora de percatarnos de la factibilidad y facilidad de utilizarlo para el desarrollo, se pierde la brújula y se comienza a divagar. Pedir que se transforme el petróleo y se comercialicen productos de mucho mayor valor agregado es inentendible por nuestras “mejores cabezas” o quizás, al hacer peligrar los multimillonarios negocios con la exportación de crudo de la capa dirigente nacional y sus gerentes, se hace difícil de acometer.

El proceso exitoso de industrialización japonesa requirió de la explotación inmisericorde de su población campesina, para acumular el suficiente capital de la inversión industrial del siglo XX. Venezuela no tiene por qué recorrer un camino tan largo, tan complicado y tan infame, pues dispone de una materia prima cuyo precio en el mercado internacional está muy por encima de su costo de producción, lo cual deja una cantidad excedentaria importante conocida como renta petrolera, que constituye una riqueza más que suficiente para el inicio del desarrollo industrial en el sector, sin descuidar las necesarias inversiones sociales que deben ser efectuadas. Se trata de la transformación aguas abajo del crudo en productos de muchísimo mayor

valor agregado, a través de grandes inversiones en la industria petroquímica y en la química orgánica industrial ⁽²⁾, y el desarrollo aguas arriba con la creación de empresas de seguros y reaseguros venezolanas y el rescate del flete mediante la construcción de una flota naviera venezolana de transporte de crudo y derivados, entre otros.

Ante esta más que evidente posibilidad, la dirigencia nacional criolla, socialdemócrata y socialcristiana; la “socialista” del presente y la marxista, voltean la cara, bajan la vista y callan, con lo que favorecen los intereses de las grandes transnacionales petroleras, que desean eternizarnos como vendedores de crudo, de materia prima, de combustible fósil, mientras ellas elaboran productos petroquímicos y químicos orgánicos mucho más valiosos, que luego venden en el mercado mundial e incluso a nosotros mismos. Venezuela sólo ha logrado refinar hasta un 43 por ciento del petróleo producido ⁽²⁾, a través de refinerías construidas hace bastantes años; llegó a refinar toda la gasolina necesaria internamente y a exportarla hasta alcanzar a ser un 34 por ciento de las ventas consolidadas de PDVSA ⁽²⁾, pero hoy ya no la exporta ni tampoco produce la necesaria para satisfacer el mercado interno, por lo que debe importarla a precios internacionales para este fin. PDVSA produce algunos derivados petroquímicos en cantidades muy limitadas (benceno, tolueno, xileno, etileno y propileno), pero está muy lejos de destinar a ambos rubros la proporción de crudo, que destinan las grandes empresas petroleras del mundo incluidas varias de Latinoamérica.

Usualmente se contraponen, interesadamente, la utilización de la renta petrolera en inversiones para el desarrollo con su uso para el alivio de las necesidades básicas insatisfechas de la mayoría de la población. Es una manipulación que pretende mantenernos como simples productores de crudo, como si el uso social de la renta hubiera sido una reivindicación descubierta en la actualidad y no hubiera existido prácticamente desde siempre, sin ser contradictorio con las inversiones en infraestructura efectuadas a lo largo de la historia. Fue la existencia de la renta petrolera la que hizo habitable toda la geografía venezolana al erradicarse el paludismo, la tuberculosis y controlarse otras enfermedades infecciosas transmisibles tropicales ⁽³⁾. La construcción de la infraestructura educativa, la universitaria incluida; la de salud, ambulatoria, hospitalaria y de rehabilitación; la aún insuficiente electrificación del país, la aparición de los grandes centros urbanos, la vialidad interurbana, las comunicaciones, la red hotelera estatal, las empresas básicas, fueron posibles por la utilización de la renta petrolera

en la construcción de infraestructuras sociales y productivas sin ninguna interferencia entre ambas.

Estas inversiones sociales impactaron positivamente la calidad de vida del venezolano, cuya mejoría es evidente del crecimiento de su expectativa de vida, al pasar de 38 años en 1936 a 72,9 años en 1999. Otro tanto ocurrió en este mismo período en el campo específico de la salud, evidenciado en la erradicación de enfermedades como la viruela, la poliomielitis y el tétano y la disminución marcada de la morbilidad por sarampión, además de las ya mencionadas; el saneamiento ambiental del territorio, la reducción de la mortalidad general, neonatal, infantil y de niños menores de 5 años; el desarrollo de la educación básica y universitaria ⁽⁴⁾ y, en definitiva, la transformación del país rural del primer tercio del siglo XX en un país claramente urbano. Sin embargo, seguimos teniendo un país no industrializado, que sólo vende materia prima, altamente dependiente, sin servicios urbanos suficientes, con una educación muy deficiente, sin empleo formal calificado y con muchas necesidades básicas insatisfechas.

El rentismo petrolero y sus consecuencias

De 1959 para acá hemos vivido dos ciclos de bonanza financiera, generados por un incremento importante de los ingresos del país, dado por la elevación de los precios del petróleo en el mercado internacional. El primer ciclo se inicia en 1973 y se extiende hasta 1984 cuando estos precios, que ya habían comenzado a declinar dos años antes, se derrumban en forma importante, dejando al país sin las divisas que lo habían llevado a elevar su calidad de vida en los años anteriores. De hecho, la pobreza total y la extrema cayeron por debajo del 13 y 3%, respectivamente, entre 1977 y 1983, según cifras del Banco Central de Venezuela ⁽⁵⁾. Este efecto positivo, escondido por el gobierno actual, se pierde rápidamente en la medida que avanza el deterioro económico nacional generado por la caída de los ingresos del país, de manera que para 1996 la pobreza general alcanza a ser 85,78% y la extrema 65,32%, lo que significa que gente que había “dejado” de ser pobre volvió a serlo, dejando clara la no sustentabilidad del cambio que se había producido; en verdad, nunca dejaron de ser pobres ayer como tampoco lo han dejado de ser hoy en el gobierno del socialismo del siglo XXI.

El segundo ciclo de bonanza financiera se inicia también con un aumento discreto y fortuito de los precios internacionales del petróleo en 1999 y en forma importante y sostenida a partir de 2003 hasta el presente, lo que produjo un ingreso al país de unos 750 mil millones de dólares. Esta vez,

aunque los precios del barril de crudo se mantuvieron elevados, la disparidad entre los enormes gastos del Gobierno, impulsados por la necesidad de ganar elecciones, en especial las de 2012 y 2013 ⁽⁶⁾, y un ingreso algo menor al bajar la producción de crudo de PDVSA, ocasiona el estallido de una crisis por falta de divisas para el funcionamiento de la nación, parecida a la sufrida en los segundos gobiernos de Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera. Los economistas, esta vez incluidos los del sector oficial, de nuevo piensan enfrentar los graves desbalances en la misma forma que se hizo hace un cuarto de siglo, mediante un conjunto de medidas monetarias y fiscales de carácter neoliberal, que no van a la raíz de los problemas, afectan principalmente a los asalariados y a las capas medias de la población y dejan incólumes o incrementan las riquezas de los responsables de la crisis.

A pesar de las incongruencias de las estadísticas actuales y la desconfianza que generan en los investigadores independientes, parece no haber duda que, a partir de 2004, comienzan a reducirse las pobrezas general y extrema de la misma forma como vimos se redujeron con los gobiernos adeco copeyanos. Lo importante a considerar, sin embargo, es que la reducción actual, como la del pasado, no es un fenómeno sostenible pues se debe simplemente al reparto de dinero dirigido a los sectores sociales más vulnerables, que mejoran su poder adquisitivo transitoriamente pero no sus capacidades y conocimientos para hacer autosustentable el nuevo nivel económico alcanzado. Para 2011, las cifras de pobreza general (27,4%) y extrema (7,3%) son las menores de estos 15 años, ya que para 2013 el índice de pobreza general había vuelto a aumentar en 6,1%, al igual que el de pobreza extrema se incrementó en 2,7%, según las mediciones del Instituto Nacional de Estadística, pues al acabarse el dinero a repartir se terminan también sus efectos ⁽⁷⁾. Esta situación puede agravarse si los precios petroleros en el mercado mundial bajan, como ha comenzado a ocurrir.

Un proyecto nacional para el desarrollo y el bienestar social

Mientras Venezuela siga siendo víctima de gobiernos que se alternan únicamente para detentar el poder, no se producirá el ansiado despegue del subdesarrollo que nos lleve a ser una nación contemporánea de ciudades verdaderas con todos los servicios, sin desigualdades ni exclusión, y no las simples aglomeraciones de gente que hoy tenemos a lo largo y ancho de nuestro territorio. Con una diversificación industrial iniciada con el desarrollo aguas abajo y agua arriba de la industria petrolera: expansión importante de la industria petroquímica (inversión estatal) y el avance de la

química orgánica industrial (inversión estatal y privada), a las cuales habría que alcanzar a dedicar hasta el 30 por ciento de la producción de crudo; la construcción de una flota petrolera propia con la instalación de grandes astilleros, que termine con el regalo del flete que le hacemos a quienes nos compran petróleo, así como el desarrollo de las empresas financieras de seguros y reaseguros de la carga transportada. Todo ello requiere la previa salida de la dirección de PDVSA de los accionistas y delegados de empresas transnacionales, que actúan para éstas y no para Venezuela.

Debe eliminarse totalmente la práctica de quienes se apropian de ingresos nacionales importantes, a través de lo que se ha llamado el contrabando de extracción de combustibles, cuyos montos, calculados por el Gobierno en más de 100 mil barriles diarios, son imposibles que salgan a través de la frontera con Colombia, por la acción delictiva de transportadores de pimpinas y conductores de camiones pequeños y medianos. Cien mil barriles de combustible son casi 16 millones de litros, que requerirían para ser transportados por tierra de más de 800 gandolas de 20 mil litros cada una. Un negocio de tan gigantesca magnitud sólo es posible con la participación de PDVSA, a través de los mismos grandes tanqueros que transportan el crudo normalmente vendido por el país ⁽⁸⁾. Luego de la nacionalización petrolera hecha por Carlos Andrés Pérez en su primer gobierno, los medidores del combustible que sale de las distintas plantas desaparecieron, lo que permitió en todos estos casi 40 años, con adecos y copeyanos y con socialistas del siglo XXI, la venta de grandes cantidades de crudo, sin que los ingresos derivados fueran registrados ni entraran en caja de PDVSA.

PDVSA dejaría de ser una empresa de venta de petróleo para transformarse en una empresa de energía e investigación energética. Concomitantemente, la industria petrolera estatal y la privada nacional, así como todas las asociaciones establecidas con capital extranjero, serían obligadas a invertir el 4 por ciento de su ingreso bruto en el desarrollo en Venezuela de investigación científica y tecnológica ⁽²⁾, a través de las universidades, los institutos de investigación existentes, los tecnológicos y politécnicos y la creación de nuevos y numerosos laboratorios, unidades y centros de investigación, así como la formación en el país y en el exterior de un contingente importante de científicos de altísimo nivel, que garantizaría el desarrollo nacional de todas las áreas del conocimiento, tanto para resolver los ingentes problemas nacionales y las necesidades de la industria, como de las ciencias básicas y de punta del conocimiento mundial: nanotecnología, biotecnología, ingeniería genética, energías limpias, telecomunicaciones,

informática, nuevos materiales, electrónica, robótica, inteligencia artificial, neurociencias, aeroespacial, química de síntesis, superconductividad, teleportación, etc.

El desarrollo petroquímico y de la química orgánica generarían muchos más ingresos que las que hoy produce la venta de crudo; además, estimularían la creación de empleo altamente calificado, totalmente sustentable y muy bien remunerado, que necesariamente impulsaría la formación de una fuerza de trabajo industrial de muy elevado nivel, comenzando con las ingenierías, hoy desplazadas incluso hasta de la industria de la construcción. Recordemos que una alta proporción de trabajadores de la industria química son ingenieros y científicos, sólo igualados por las industrias aeroespacial y electrónica, todo ello dentro de una inversión importante en todos los niveles educativos formales, que elimine las graves carencias de docentes de secundaria y eleve la formación general del venezolano. Se estimularían también las inversiones en la creación de las industrias destinadas a suplir todos los requerimientos de los complejos petroquímicos y de las plantas de química orgánica. Crecerían la industria metal mecánica, se estimularían las industrias básicas de Guayana, subiría enormemente el empleo formal y desaparecerían todos los círculos viciosos actuales, que serían sustituidos por círculos virtuosos.

Se erradicaría la hasta ahora inalterable actitud de PDVSA de adquirir en el extranjero todo el conocimiento y la tecnología que requiere, así como la asesoría necesaria para su funcionamiento, dejando nuestros laboratorios científicos totalmente huérfanos de financiamiento. Se enfrentarían también las ideologizaciones que hacen iguales los saberes ancestrales y populares al conocimiento científico, que hablan de la existencia de una ciencia impertinente, que consideran a la calidad como una exquisitez de la burguesía y que pretenden homologar la remuneración del trabajo sin tener en cuenta la formación del trabajador, olvidando aquella frase de que “nada es más injusto que el reparto por igual”. Se combatiría la mendicidad y el mesianismo de nuestro pueblo. Un proyecto nacional de esta envergadura requiere de hombres de corazones libres, visiones amplias y cerebros independientes y preparados. No es a través de propuestas fáciles de privatización de nuestros activos como saldremos del subdesarrollo, proposiciones generalmente aprovechadas por quiénes sí entienden y se interesan en lo que algunos “venezolanos” alegremente desechan.

La propuesta aquí delineada sí constituiría un proyecto nacional de desarrollo, que podría ser abrazado por todos los sectores patrióticos del

país, cansados de los maquillajes demagógicos y manipuladores de siempre que nada quieren ni pueden cambiar. Sólo muy pocos estarían contra un proyecto de esta naturaleza: aquéllos cuyas riquezas, ideas y pasiones tengan su origen fuera de nuestra geografía o provengan de actividades ilícitas, una insignificante minoría. Se trataría de verdad de tener patria, de construirla soberanamente, de hacerla realmente independiente y con producción suficiente, que permita un reparto mucho mejor que el reparto de la miseria que algunos socialístoides proponen, con una población educada y formada y por lo tanto difícilmente manipulable por la propaganda oficial o privada, dueña verdadera de su destino, y unas condiciones que ahora sí permitirían el disfrute de la mayor suma de felicidad posible.

Referencias

- 1.- Fuenmayor Toro, Luis. *Ciencia y academia en Venezuela (I)*. **La Razón**, pp A-6, 5-8-2012. Caracas.
- 2.- Arcaya Arcaya, Camilo. **Del petróleo y el gas, a la química orgánica industrial y a la producción de ciencia y tecnología**. Grupo B-4, 1993.
- 3.- Fuenmayor Toro, Luis. *Pertinencia de la formación universitaria de médicos en nuestra historia contemporánea*. **Educere**, año 16, N° 54, pp 43-58, mayo – agosto 2012, Mérida.
- 4.- Fuenmayor Toro, Luis. *Historia, desarrollo y perspectivas del sector universitario venezolano*. “**Cuadernos OPSU**”, No. 5, pp 1-36, 2002, Caracas.
- 5.- José Ignacio Silva y Reinier Schliesser. *La evolución de la pobreza en Venezuela*. Banco Central de Venezuela, Caracas, 1998.
- 6.- Jorge Giordani. *Testimonio y responsabilidad ante la historia*. **Aporrea.org** 18-6-2014, www.aporrea.org/ideologia/a190011.html
- 7.- Ronald Balza. **El Universal**, Caracas, 24-5-2014.
- 8.- Fuenmayor Toro, Luis. *Los contrabandistas mayores*. **Últimas Noticias**, pp 34, 29-10-2014, Caracas.

***a.** Médico cirujano UCV. **b.** Ph. D. Universidad de Cambridge, Inglaterra. **c.** Profesor Titular UCV. **d.** Investigador científico (neuroquímica, conducta, salud, educación universitaria y ciencia y tecnología). **e.** Articulista: Últimas Noticias, La Razón y una veintena de periódicos de provincia y varias publicaciones virtuales. **f.** Ex Rector de la UCV.

LFT/lft

Octubre 2014

Venezuela 2015: Economía, política y sociedad, Ronald Balza Guanipa (Coordinador), pp 53-62, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2015